

sús con la de un shamán, atribuyéndole un poder de actuar sobre el alma de la difunta que aún «estaba cercana». Esta sugerencia, sin embargo, no parece tener sólido fundamento. En cuanto a los otros dos casos de resurrección —el del hijo de la viuda de Naím y el de Lázaro— el autor sugiere que los evangelistas fueron más allá del suceso histórico: esas resurrecciones probablemente no tuvieron lugar de la manera como se han descrito. Lo más plausible es que, en cada caso, el evangelista ofreció —en forma simbólica— un símbolo teológico sobre Jesús y de la muerte espiritual.

La obra acierta al apuntar hacia la relación entre una enfermedad/curación física y la experiencia interior: la persona es una, pero compleja. El grado de correlación, sin embargo, es algo que hoy día sigue siendo oscuro. Desde el punto de vista teológico la presentación de Jesús (dudosamente omnipotente) y de los evangelistas (dudosamente fieles al evento) es muy discutible: está hecho desde unas perspectivas muy particulares de la psicología y de la exégesis bíblica.

J. Alviar

Richard KROPF, *Security and Risk*, Paulist Press, Mahwah 1990, VI + 186 pp., 14 x 21, 5.

R. W. Kropf, doctor en teología por la Universidad de Ottawa y St. Paul University (Ottawa), ha sido capellán universitario y profesor en filosofía, teología y psicología. El libro que ahora saca a la luz tiene una intencionalidad práctica: servir como guía para personas que buscan madurar su fe, y para pastores que dirigen almas. Ofrece una reflexión sobre del acto de fe —acerca de su esencia y de su dinamismo—, inspirándose en ideas de autores variados, principalmente Viktor Frankl, y secundariamente

también Paul Tillich, Avery Dulles, y James Fowler (cuyo esquema de las etapas de la fe sigue el autor).

La noción de «fe» que se puede coleccionar de los primeros capítulos de libro es la siguiente. El hombre es un ser finito que busca plenitud en algo fuera de sí mismo. Dios es quien ofrece esta plenitud al hombre, pero reclama de él un compromiso y una entrega: abandonar, en cierto sentido, la seguridad humana. En el acto y en la vida de fe, por tanto, se halla una mezcla de dos elementos, la seguridad y el riesgo.

En los capítulos centrales el autor describe los estadios de la vida de fe, siempre con esta ambivalencia: desde sus comienzos, pasando por el crecimiento y momentos de crisis, hasta llegar a una fe madura. En esta descripción, sobre todo de las primeras etapas de la fe, se puede apreciar la experiencia pastoral del autor. Quizá más discutible es la exposición que hace de los ulteriores estadios o dimensiones de la vida de fe, denominadas por el autor «conjuntiva» y «unitiva». En este terreno, el autor se apoya, al menos en parte, en una visión teilhardiana de una evolución cósmica encaminada hacia un «Cristo cada vez mayor», y sugiere la perspectiva de prescindir, en cierta medida, de la seguridad incluso de lo confesional —en el grado más sublime del abandono, incluso de lo cristiano—, porque la fe conlleva una actitud radical de olvido de uno mismo y de renuncia a una vida segura en sus estructuras confesionales. Este planteamiento provoca la pregunta: ¿es realmente concebible una fe «universal», libre de constreñimientos confesionales o contenidos nítidos? Este aspecto no parece concordar bien con la lógica de la economía salvífica, que es «encarnacional-concreta».

J. Alviar